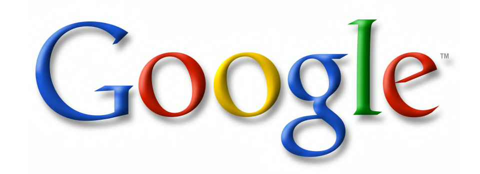


CARICIAS DE UN LEGO

AL

PADRE FRAY LUIS COLOMA

Á SU NOVELA «PEQUEÑECES...»

Y Á LA

COMPAÑÍA DE JESÚS

POR

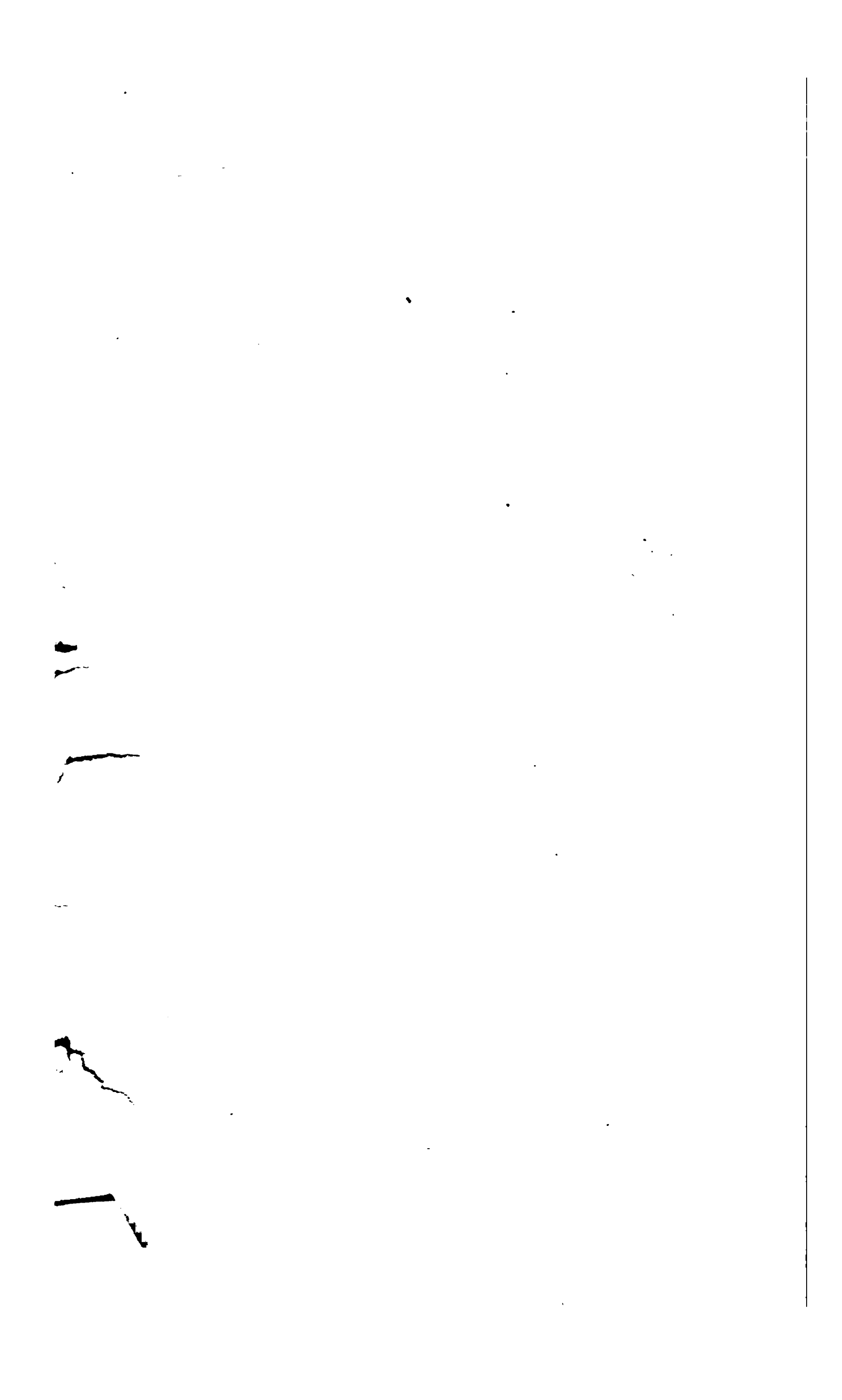
UN VETERANO DE LA PRIMERA GUERRA CIVIL



MADRID
MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS, IMPRESOR
Miguel Servet, 13. — Teléfono 651.
1891

Caricias de un Lego

Al Padre Fray Luis Coloma



CARICIAS DE UN LEGO

AL

PADRE FRAY LUIS COLOMA

Á SU NOVELA «PEQUEÑECES...»

Y Á LA

COMPAÑÍA DE JESÚS

POR

UN VETERANO DE LA PRIMERA GUERRA CIVIL



MADRID
MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS, IMPRESOR
Miguel Servet, 13. — Teléfono 651.
1891



AL PÚBLICO

Ni *corrompido* ni *alma pía,* á la manera que el padre Coloma agrupa y caracteriza los lectores á quienes se dirige en su prólogo de la novela *Pequeñeces,* avivando con calculado estudio los estímulos de la curiosidad para que ninguno se sustraiga al deseo de leerla, yo, que tampoco me cuento entre los *lectores amados,* porque no he de serlo suyo á pesar de su caridad cristiana, héme entrado de rondón por las páginas de su libro al solo anuncio del efecto que en la opinión ha producido, porque me ha dominado siempre el achaque de perseguir bien sazonados manjares allí donde un fraile, y más si éste es jesuíta, se mete á cocinero de confecciones místico-sociales.

Ni novelista, ni escritor, ni hombre conocido en ninguno de los campos en que á

ciencia y el talento mantienen el faro luminoso que ofrece á las inteligencias guía más ó menos seguro para apartarlas de la ignorancia y del error, no pretendo verter en las páginas de este opúsculo el juicio crítico, literario y filosófico de la creación maravillosa con que ha logrado, sin duda, el padre Coloma fijar la atención de todas las gentes. Más modesto en mis aspiraciones, sólo me propongo, como el autor de *Pequeñeces* dice haberlo hecho, registrar algunas rudas verdades que no han podido menos de venir á mis mientes, tanto por la calidad de la obra como por la de su autor, contando sólo para ello con la rectitud de mi conciencia y la experiencia de muchos años, ya que no con el talento y la ilustración que á tamaña empresa convendría.

Ante todo debo advertir al público que me lea, y al mismo padre Coloma, aunque lo dude, que, nacido en la grey católica, educado por monjes desde mi instrucción primera, y habiendo afirmado más y más cada día mis creencias en la religión sacrosanta del Redentor de los hombres en medio de las funestas enseñanzas del mundo y una vida no corta de amargas contrariedades, todo lo que hallarse pueda digno de justa censura en

este desahogo de mi alma ante la peligrosa tormenta que ella presiente en el transcendental objeto que ha creído descubrir en la novela *Pequeñeces*, no es sino el juicio sincero de un viejo cristiano que considera ya saldadas sus cuentas con la sociedad en que vive, y aspira sólo, aunque por distintos caminos, sin las dotes ni la autoridad del padre Coloma, á ofrecer al juicio público algunas observaciones dignas de ser tenidas en cuenta por los que le lean, hoy que el estado moral, religioso, político y social de todas las naciones merece un estudio detenido.

Y hago esta manifestación porque la considero necesaria para no despertar prevención alguna en los espíritus timoratos, á quienes más principalmente me dirijo, por lo mismo que han de ser los que habrán acogido con más entusiasmo todo cuanto el padre Coloma ha vertido en las numerosas páginas de su novela. Pero debo advertirles también que han de hallar en este opúsculo muchas verdades, expuestas sin ambages ni rodeos en un lenguaje tan rudo como claro, pero que no descenderá jamás á herir ni de lejos los sentimientos morales más puros, ni á ofender la más exquisita susceptibilidad con esas palabras gruesas y de mal gusto que tan fácil-

mente se deslizan en el afán de dar un tono más subido al colorido y expresión del pensamiento. Homenaje propio de la sinceridad de

El Autor.





I

La Novela «Pequeñeces.....» ante la sociedad española.

En el fondo de la novela *Pequeñeces*..... palpita bien claramente un pensamiento transcendental, al que responde en todas sus páginas la aspiración mal disimulada de sacrificarle los más caros intereses de España. Y no se tenga por exagerada esta opinión sobre el carácter y tendencias de esa novela, frente á los juicios que sobre ella se han emitido; porque á no llevar en su portada el nombre del autor, que es como la *razón social* de la Gran Compañía de Jesús dispensándole el amparo de su fuerza y autoridad, un grito unánime de reprobación hubiera resonado en todas partes contra los ultrajes inferidos en ella al nombre español.

A demostrar, pues, la exactitud de tales asertos se encamina el parco y severo análisis á que se presta bajo todos los distintos aspectos que debe ser considerada la novela, sin que

obste á modificar ni á atenuar en lo más mínimo la claridad y dureza de las apreciaciones que de él resulten, el poderoso influjo que en la sociedad actual ejercen el carácter sacerdotal del autor y la Compañía de que es digno miembro, salvo siempre el respeto que arde en una conciencia eminentemente religiosa hacia los altísimos ideales que en esta vida terrenal debieran siempre aquéllos representar.

Desenvuélvese el argumento de esa mal llamada novela en una serie de cuadros trazados con subido y repugnante colorido sobre episodios, tan rebuscados como falsos, derivados de ciertos hechos que registra un corto período de nuestra historia contemporánea, en el que se destacan los grandes acontecimientos de la Monarquía de D. Amadeo de Saboya, la República española, la conspiración alfonsina y la Restauración monárquica en D. Alfonso de Borbón.

En vano ha intentado el autor de ese libro, bajo cuyo sarcástico título se disfraza el más infamante libelo contra la honra de importantes clases sociales, á la que va siempre unida la de todo el pueblo español, apartar del juicio público la consideración de que en él se han elegido para víctimas de falsas imputaciones determinados personajes y las clases enteras á que pertenecen, con la aclaración que hace en su nota de la pág. 67, en la que dice: «Advertimos desde luego al lector que ni en éste

»ni en ninguno de los personajes que se pre»sentan en los muchos episodios históricos de »esta novela desempeñando cargos oficiales se »ha querido retratar, ni aun siquiera aludir, á »los que realmente hubieran podido ocupar »aquellos cargos en la época á que nos referi»mos. Por más que disten mucho ciertas per»sonalidades de sernos simpáticas, nos inspi»ran á lo menos compasión; y al fustigar sin »piedad al vicio y al escándalo, nos guarda»mos muy bien de ensañarnos con persona al»guna determinada, á que puede el arrepenti»miento haber colocado ya al abrigo de toda »censura. Con más razón que Crevillón pode»mos decir nosotros: *Jamais aucun fiel n'a »empoisonné ma plume* (jamás la hiel ha en»venenado mi pluma).» Ni tan explícita salvedad, calificándose terminantemente de *históricos* los hechos á que los nombres de los personajes van unidos, ni la cándida protesta de las caritativas intenciones que, según el final de la nota, han guiado al autor, son bastantes á que el lector dé tortura á su recto juicio para estimar como una plausible ficción todo aquello que en el orden de la realidad y de la historia no es sino una verdadera ofensa, á que no puede dar satisfacción el pretexto, más bien que el propósito, de fustigar el vicio y el escándalo á que para atacarlos se revisten de formas imaginarias.

No resulta más afortunada para arrancar al

común sentir de las gentes el convencimiento de que han sido, no aludidas, sino torpemente calumniadas, determinadas personalidades y clases, por más que las primeras no fueran de todos conocidas, la parte de la nota de la página 287 del tomo II, que dice: «Ya que de alusio»nes hablamos, bueno será hacer constar una »vez más que yerran por completo los que han »creído ver en algunos personajes de la pre»sente novela retratos de personas harto co»nocidas, que sin duda lo fueron muy poco de »los que tal juzgan, cuando encuentran seme»janza entre unos y otros. Nuestros personajes »no son retratos de individuos determinados, »sino tipos de caracteres sociales; y si puede »halagar la vanidad del artista que resulten »sus creaciones tan reales que no pueda con»cebírselas sin un modelo vivo, debe repugnar »á la delicadeza y aun á la conciencia del es»critor honrado el convertir por este medio un »libro escrito con altos fines morales en un in»tencionado libelo.»

Al miserable alarde de orgullo que se ha dejado escapar la intencionada pluma del autor de *Pequeñeces.....* en la nota transcrita, contesta cumplidamente la contradicción palmaria de sus propias afirmaciones y pone más de relieve lo que ha pretendido negar, no sin dar á su pensamiento un tinte irónico que contrasta desfavorablemente con los altos fines morales á cuya realización supone obedecer.

Pues si fuese cierto, como falsamente afirma, que sus creaciones han sido tan reales que no pueden concebirse sin un modelo vivo, necesariamente ha de persuadirse el lector de que los personajes de su novela están tomados de la realidad en el tiempo y por los hechos mismos en que tuvieron alguna parte, y no por el mérito del artista que hace su retrato le son fácilmente conocidos, ni mucho menos por el ropaje de inmoralidades y vicios que sólo la perfidia les pudo atribuir, y con que la cobarde calumnia los ha presentado. Ejemplo patente de la certeza de este aserto es la rectificación y correctivo que se apresuró á dar don Felipe Ducazcal, como evidentemente aludido en el hecho de que fué autor y director, dando un ejemplo de dignidad y nobleza á quien tan descaradamente emplea contra los que lo prepararon y llevaron á cabo los calificativos más denigrantes y groseros.

En corroboración de lo dicho pudieran reproducirse aquí páginas enteras de ese malhadado libro, en las que se acumulan y aplican explícitamente, lo mismo que á las personas, á las clases sociales, la aristocracia y la mesocracia, toda la inmoralidad y todos los vicios que sólo se pueden conocer y apreciar fuera de toda sociedad culta, persiguiéndolos y estudiándolos en la pestilente atmósfera de los tugurios donde se anidan y agitan; pero es de todo punto innecesario reproducirlas cuan-

do no sólo los que han hallado motivo de justa censura en el fondo de la novela, sino los que la aplauden y encomian convienen unánimemente en la existencia de las alusiones á semejantes clases sociales, con especialidad á la primera, respecto á la que, añaden los últimos, haber sido objeto de una *certera disección* para extirpar de su cuerpo la gangrena que la amenaza de muerte; resultando de aquí que presentada la sociedad española en sus clases directoras á los ojos de propios y extraños como un cuerpo corrompido y degradado, se la entrega á la deshonra y al vilipendio ante los pueblos civilizados, y es punto de honor nacional dar á la calumnia su merecido y poner coto á los atrevimientos y osadías con que se emplean medios y armas tan viles para producir hondas perturbaciones sociales que preparen la gran catástrofe en que planes bastardos y ambiciosos logren su realización. Porque es preciso decirlo de una vez: la Compañía de Jesús, autorizando la publicación y extendiendo la circulación de esa labor de iniquidad sin el temor de aparecer ingrata con el noble y generoso pueblo que volvió á dispensarle tranquilo albergue, y de cuyas clases acaudaladas ha recibido incesantemente los cuantiosos recursos con que multiplica por todas partes suntuosos edificios, y más que todo la confianza de la educación de sus hijos, persigue indudablemente un fin siniestro que,

con la mira fija en los grandes acontecimientos de que se ve amenazado el orden social, espera alcanzar en plazo no lejano; y fiel al principio de que todos los medios son buenos para conseguir el fin, verá cómo concurren á convertir en abismo insondable las diferencias que separan á las masas populares y trabajadoras de las clases acomodadas, y crecer los odios y rencores que las separan, con el desprecio que ha de inspirarles el ver á éstas entregadas á toda clase de vicios y concupiscencias, como calumniosamente se hace en la desdichada novela del padre Coloma.

La novela, pues, más que novela, es un libro de propaganda demoledora y anárquica, que tiende á quebrantar por completo los vínculos, harto relajados ya, que unen la suerte de las clases populares y trabajadoras con las de la aristocrática y capitalista, inspirando en las primeras el desprecio hacia las segundas por las pasiones y vicios con que se las deshonra y calumnia para lograr la completa descomposición del orden social, y con él ahogar, si posible fuera, hasta los últimos gérmenes del liberalismo, que en los tiempos modernos, después de unir en una aspiración común la aristocracia y la mesocracia, tiende á realizar por la ley indeclinable del progreso la fusión de todas en la democracia, vencidos que sean los formidables obstáculos que opone el socialismo en sus diversas formas, y particularmente

el que la teocracia hubiera de implantar sobre las ruinas de lo existente.

Indicados ya someramente el carácter y propósitos del flamante trabajo del padre Coloma, preciso es entrar en el orden de consideraciones que, bajo todos conceptos, sugiere su lectura, sin más pretensión que la de que no pasen desapercibidos sus disolventes designios.

¿Qué decir en primer término del fondo y forma de la obra, bajo el punto de vista de su mérito literario, después de los varios y aun encontrados juicios dados á la estampa y emitidos en las controversias suscitadas en todos los círculos entre doctos é indoctos?

Sin escatimar muchas de las alabanzas que así al autor como á la obra se han apresurado á prodigar sus más ardientes adeptos, bien merecen pasar como buenas las justas y fundadas censuras, á que no pueden sustraerse el novelista y la novela una vez entregados al fallo de la opinión.

Por lo que hace á la forma, ó sean las condiciones que podemos llamar externas, reservadas á la apreciación de los críticos, innecesario será reproducir aquí que saltan á primera vista la falta de enlace entre los episodios ó cuadros que arbitrariamente se suceden sin respeto al orden de los acontecimientos sobre que se han procurado desarrollar, las muchas incorrecciones de estilo y aun gramaticales á

que ha sido arrastrado el autor, sin duda por el descuido con que fluye de su pluma un lenguaje, florido sí, pero no exento á veces de cierta hinchazón, propia de una no disimulada pedantería por aparecer fecundo y erudito hasta con su correspondiente dosis de lastimosos galicismos.

Absuélvanla, si pueden, sus defensores de tales pecados y otros no menos capitales de que la obra adolece, ya que lo han hecho de los que consideran veniales, y apresúrense á borrar aquellos conceptos y palabras que siempre causarán repugnancia al más despreocupado lector.

Mayor severidad reclama de toda conciencia recta é imparcial cuanto constituye el fondo de la malhadada obra del recalcitrante jesuíta, único escritor que no considere indigno de su pluma y de su ingenio una producción semejante; pues empezando por no pertenecer á género alguno de los reconocidos por los novelistas, desnaturaliza completamente los hechos históricos sobre que ha establecido sus atrevidas creaciones, está destituída de todo pensamiento filosófico, y son tales y tan contrarios á los altos fines morales que su autor dice haberse propuesto los efectos de su lectura, que bien se puede asegurar que carece de todo pensamiento moral, y habrá convertido muchas de las *almas pías* á quienes se dirige en su prólogo á la desdichada

falange de los que, adoradores del vicio, él apellida *corrompidos*.

¿Cómo admitir que para altos fines morales se fustigan sin piedad en ese libro al vicio y al escándalo, cuando por él se difunde el conocimiento de vicios ignorados por muchos, causando igual ó mayor escándalo del que su existencia y pública ostentación podría producir?

El escándalo, pues, lo ha llevado y llevará á todas partes esa funesta novela, y con él también el contagio de los vicios y concupiscencias que en ella se narran á muchas de las almas en que hasta su lectura no se hubieran despertado los incentivos de ciertas pasiones á que por debilidad y por ignorancia se propende en las primeras edades de la vida.

Porque á los estragos de las vergonzosas enseñanzas que contienen algunos cuadros de un naturalismo desmoralizador, en vano se procura aplicar en otros el antídoto de sucesos trágico-místicos en que se arranca un arrepentimiento al terror y al dolor.

Rebuscados acá y allá en los países donde la corrupción ofrece tipos más salientes para forjar los personajes y caracteres de la novela, resultan éstos fuera de toda realidad y aun de la fábula más exagerada por haber hecho coexistir en un mismo individuo, contra la condición de la naturaleza humana, sentimientos, afectos, cualidades, aptitudes, pasiones, y

hasta vicios que se repelen, lo cual constituye un defecto culminante en la obra; defecto que se agranda más y más con la prodigalidad de imperdonables falsedades, que en el afán de rebajar á los personajes se han escapado al autor, como sucede entre otras muchas que pudiera notarse, las de que Jacobo, al aparecer en escena en París alardeando de la erudición y talento que se le reconoce, emplea algún aforismo latino, y después, al tomar iglesia en la del Carmen, de Madrid, para ocultarse de los masones italianos, no entiende un latinajo macarrónico que le dirigen para que se quede en el templo; el hecho de suponerle arruinado por la disipación y el juego, á la vez que dominado por una inconcebible tacañería en el empleo de intereses ajenos; los temores impropios de su carácter resuelto y despreocupado por los pliegos masónicos que retuvo en su poder para arrastrarle á preparar por sí mismo el lazo en que había de sucumbir.

Iguales y de más bulto, si cabe, son las impropiedades que pueden registrarse en el estudio de los caracteres del cándido Velarde, el mentecato Frasquito, el siempre perdido y el siempre creyente Diógenes, la erudita beata Villasis, el glotón é imbécil Villamelón, y más aún en los del liberalote Martínez, el vano y faldero diplomático Butrón, y en la tan encopetada cuanto disoluta Currita, en cuyos retratos, lo mismo que en el de Jacobo, ha re-

cargado el artista con enconada saña las negras tintas de una gran deformidad moral.

Mas si para la generalidad de los lectores aparecen obscurecidos tales lunares por la riqueza de las descripciones en que la novela abunda, y otras bellezas literarias que en ella es justo reconocer, todos han de convenir, después de corta meditación, en que no es posible encontrar palabras y conceptos bastante apropiados para calificar y condenar tan duramente como debe serlo el hecho de haber elegido á España y sus notables acontecimientos en una época no muy remota para desarrollar una fábula hinchada de inmoralidades y concupiscencias degradantes, con el obligado séquito de torpes vicios y espeluznantes crímenes, por cuya inicua urdimbre se provoca la maledicencia inspirada por despreciables pasiones, á señalar, según le plazca, en algunos de los que figuraron en los acontecimientos políticos, la encarnación viva de los personajes de *Pequeñeces.....*

¡Osadía sin ejemplo que, matizada con tintes político-sociales, es como el grito de guerra lanzado por un campeón de la Compañía de Jesús contra la sociedad moderna! ¡Grito de guerra sin cuartel, en la que empieza por sacrificar la parte más preciada de esa misma sociedad, la mujer, que con la delicadeza de sus sentimientos y piadosa sumisión de su conciencia á las inspiraciones de los miembros de

la Compañía, le abrió los caminos más expeditos para armarse de todas armas con que poder combatir á sus más formidables enemigos, el liberalismo y la masonería, sostén el primero de las instituciones que vienen regenerando á España, y baluarte inexpugnable la segunda contra ambiciones bastardas, con la enseñanza ejemplar de moralidad y fraternidad que difunde!

Y aquí se hace necesario preguntar al ingenio fecundo del autor si en el accidentado curso de su vida en el mundo profano, ni en el ejercicio de su sagrado ministerio purificando las conciencias de las más horribles impurezas en el confesonario, ha podido acopiar la riqueza de materiales que prodiga en su trabajo, y si le ha sido imprescindible acudir á la observación para sorprender y recoger en sus íntimas palpitaciones la inmoralidad y los vicios con sus naturales estragos. ¿Desde dónde el padre Coloma ha podido estudiar, ni de lejos, la sociedad española en sus diversas jerarquías, para presentar las clases más elevadas, y de éstas la aristocrática, revolcándose en el cieno de la más inmunda corrupción?

Cierto es que en España, como en todos los pueblos del mundo, en alguno de los cuales ha podido el autor de *Pequeñeces*..... estudiar antros y lupanares dedicados á rendir culto al vicio, han existido, existen y existirán siempre estímulos para la inmoralidad y víctimas de

toda clase de vicios, cuyo mal es incurable, y para cuya extirpación son impotentes los recursos que de consuno excogitan y emplean todos los encargados de velar por la salud física y moral de las naciones. Pero ¿quién que no se arme del alevoso puñal de la calumnia se atreve á negar á la sociedad aristocrática española la más perfecta corrección en todos sus actos, condición precisa de su tradicional etiqueta, ataviada con los rasgos propios de la nobleza, la caballerosidad é hidalguía que caracterizan al pueblo español? ¿Desde qué elevado observatorio ha registrado el padre Coloma visitas, bailes y reuniones en la sociedad española, á las que concurran damas y personajes para ofrecer el espectáculo que supone en la casa de la Duquesa de Bara, del Marqués de Butrón, y en el comedor del palacio de Currita durante el registro de papeles por la policía? Recorra el lector las páginas á tales objetos dedicadas en la novela *Pequeñeces.....*, y no podrá menos de sentir herida su propia dignidad con el ultraje que en ellas se hace al honor español. Porque si en el seno de esas mismas clases pululan seres de ambos sexos en que los vicios están encarnados, jamás el respeto que guardan á la sociedad les ha permitido prescindir de las formas que la hipocresía ó su propio orgullo les impone, para disfrazar la corrupción, aunque ataviadas muchas veces, según su rango, con vestiduras impropias

de su natural pudor por copiar servilmente la moda extranjera.

Las mujeres españolas, ya nacidas en modesta cuna, ya de elevada estirpe, entre las cuales se cuentan, como entre las de todos los países, excepciones que recatan sus vicios hasta que las arrastran á la comisión de escandalosos crímenes, son, dentro de la condición de su peculiar carácter, celosas guardadoras de las conveniencias sociales hasta merecer á los ojos de los extraños una honrosa distinción; y por ella se consideran fuera del alcance de las torpes calumnias fraguadas al calor del despecho en el apartado recinto de una celda por una imaginación calenturienta, en la que repercuten las palpitaciones de un corazón en el que se agostaron prematuramente las ilusiones de la vida. Así es que mejor hubiera llenado el autor de *Pequeñeces*..... la misión moralizadora que se impuso fustigando el escándalo de los vicios profundamente arraigados en la Administración y la política, constantemente denunciados en la prensa y en los Parlamentos á ciencia y paciencia de los Gobiernos, como gangrena que corroe las entrañas del cuerpo social á favor de una escandalosa impunidad. Pero esto ofrecía para la Compañía de Jesús, entre otros peligros, el de tener que fustigar personalidades y Corporaciones amparadas por el respeto á la institución de que forman parte, y cuya disciplina de-

manda urgentes correcciones en armonía con la doctrina que tan obligados están sus miembros á enseñar con la palabra y el ejemplo.

Y ya que de enseñanza se trata, oportuno es advertir que si grande es el error en que las clases elevadas y ricas han incurrido olvidando el adagio de *cría cuervos y te sacarán los ojos*, al prodigar su influencia y su oro para favorecer la moderna aclimatación del jesuitismo en la tierra de que se había extirpado, no es menor el que ha cometido confiándole la educación de sus hijos; error que reclama un lugar separado entre las consideraciones que surgen del estudio de *Pequeñeces*.....





II

La enseñanza por los jesuítas y las monjas.

El saliente relieve de los cuadros con que la educación moral de la infancia rinde tributo á la vergonzosa fábula de *Pequeñeces*....., digno es en verdad de algunas consideraciones bajo el epígrafe precedente, entre las muchísimas á que tan delicado asunto se presta.

El ejercicio de la enseñanza, permitido en España á los jesuítas, tiene una historia que para la exacta apreciación de sus fines no se debe olvidar.

En los tiempos de mayor apogeo para la Compañía en España, aparentaba aquélla acudir á la necesidad de una primera instrucción pública con escuelas establecidas en casas adyacentes á sus propios conventos, como en los de padres dominicos, confiando esta función á miembros de los menos expertos, elegidos *ad hoc* para mantener las inteligencias en el estado que convenía al oscurantismo imperante, no permitiendo que la instrucción dada á los niños cuyos padres no podían sufragar el

coste de la particular por seglares, reservada entonces á las clases muy acomodadas, que habían de dedicarlos á profesiones científicas, fuesen más allá de la rudimentaria en doctrina cristiana, leer, escribir y las entonces llamadas cuentas ó cuatro reglas aritméticas de sumar, restar, multiplicar y *partir,* instrucción que, próximos los alumnos á la edad adulta y apartados de las escuelas para el aprendizaje de ocupaciones, artes ú oficios que habían de fijar su ulterior destino en la vida, desaparecía casi por completo y daba á las estadísticas las cifras que acusaban el atraso vergonzoso de nuestro país. Así se mantenían el fanatismo y las preocupaciones que, enervando los espíritus, ahogaban las ap titudes y energías necesarias para todo progreso; y la teocracia concentraba en sí sola la vida intelectual de la nación para afianzar su predominio sobre todas las instituciones, pues era dueña del instrumento más poderoso, las numerosas clases populares, para contrarrestar la fuerza y la influencia de las superiores y aristocráticas en toda eventualidad.

Por causas graves de todos conocidas, y como medida de salud pública, vino el acto glorioso de un Monarca eminentemente católico á la vez que mantenedor de las regalías de su corona, de expulsar á los jesuítas de España y ocupar sus temporalidades, de las que se reservaron recursos bastantes para soste-

ner las escuelas llamadas de la Compañía, á cargo de maestros seglares, bajo la tutela y cuidado de los Ayuntamientos en las ciudades y villas donde existían, siguiendo después estas escuelas la suerte que ha cabido á todas las de su clase en el desarrollo y progreso de la instrucción pública con la creación de las escuelas de párvulos, lancasteriana y normales con el complemento para la edad adulta de los Institutos provinciales de segunda enseñanza, que vino á reemplazar los antiguos estudios de instituciones filosóficas en las Universidades, importado todo de Inglaterra por la iniciativa del varón ilustre D. Pablo Montesinos, gloria olvidada por la ingratitud para abrir paso á la adulación á falsas reputaciones y levantar estatuas á reformadores á la usanza francesa, que con sus leyes, decretos y reglamentos esterilizaron en parte la primitiva semilla de nuestra regeneración, laboriosamente recogida en suelo extranjero por aquel insigne patricio durante muchos años de político destierro.

Borrado el decreto de perpetua expulsión de los jesuítas por tolerancias impuestas á la debilidad de los Gobiernos, volvieron á España para tratarla como país de infieles y salvajes en las misiones con que, hiriendo el verdadero sentimiento católico en las personas cultas, y deprimiendo la aptitud y celo de los encargados de la cura de almas, despertaron ya

casi extinguidos fanatismos, causando muchas veces en las familias lamentables perturbaciones; y al propio tiempo fueron recobrando sus antiguos conventos para resucitar un culto inusitado y supersticioso y establecer colegios en que, á la sombra y como preparación de los estudios teológicos, crearon escuelas de primera y de segunda enseñanza retribuídas, á las que han atraído los hijos de las clases aristocráticas y ricas hasta lograr con su codiciosa explotación el oro y la influencia con que han realizado el formidable desarrollo de sus institutos para su doble propaganda en todas las comarcas de España, teniendo en poco é interesándoles menos la mejora de la instrucción en las clases populares.

Mucho se esmeran los jesuítas para proveer sus establecimientos de instrucción de los mejores medios materiales en instrumentos, aparatos y gabinetes adecuados á los modernos adelantos científicos, y mayor ha sido su esmero en dotarlos de profesores, algunos peritísimos, en los diversos ramos del saber, que transmitan á sus discípulos los conocimientos elementales correspondientes á los diversos grados de enseñanza; pero las prácticas y procedimientos por ellos seguidos caen necesariamente en la rutina, que tanto se conforma con sus hábitos monásticos, dando á la memoria una perniciosa preponderancia sobre facultades más excelentes para que los discípulos luz-

can con facilidad una palabrería cuyo sentido no comprenden y cuyas ideas no pueden utilizar en acertadas comparaciones, rectos juicios y generalizaciones fecundas, por desatenderse los buenos principios pedagógicos, que imponen los rigurosos preceptos á que ha de subordinarse el desarrollo gradual de todas las facultades intelectuales en un perfecto equilibrio.

De aquí que la enseñanza de los jesuítas ofrezca frecuentemente á la sociedad en sus más distinguidos discípulos algunos eruditos y sabios hinchados de una ciencia indigesta que pugna con las tendencias de la moderna civilización.

La enseñanza ha de tener siempre un carácter educativo si por su medio se ha de aspirar á que ella perfeccione y complete, en sus escuelas para la infancia y adolescencia, la delicada obra que debe empezar en el hogar doméstico, donde se inicia por la madre con los primeros sentimientos é ideas que con tierna solicitud imprime en el corazón é inteligencia de su hijo, envueltos en las ardientes manifestaciones del amor durante la lactancia; se corrige y amplía luego por el padre con rudimentarias ideas sobre los objetos y sucesos que se relacionan más íntimamente con el niño, á la vez que procura dar rectitud á sus inclinaciones que, inspirándole, cuando menos, hábitos de respeto y obediencia, armonizándolos

con las tiernas expansiones del amor y la gratitud hacia las personas que le rodean; sea confiada después al magisterio en las escuelas, en que sucesivamente se multipliquen los cuidados y medios que requiera el desarrollo armónico de las facultades del individuo en su triple condición de ser físico, inteligente y moral, como á la salud y robustez del cuerpo conviene, la mayor instrucción y moralidad de su espíritu demandan, para que la sociedad esté constantemente dotada de miembros sanos, robustos, inteligentes y morales, que vengan á ser virtuosos y buenos padres de familia, ciudadanos útiles, instruídos y honrados.

¿Son el fraile y la monja, célibes por sus votos, los que en la atmósfera del convento pueden desenvolver convenientemente las funciones del elevado sacerdocio de la enseñanza por que se ha de llenar el fin indicado?

Los que por vocación, egoísmo, seducción ó despecho prefieren la austeridad del claustro, que sólo brinda al espíritu y al cuerpo con los goces de la contemplación y ascetismo para realizar los ideales de la vida, carecen de la aptitud necesaria, por mucha que sea su instrucción, para establecer y mantener con la sublime intuición del ejemplo esa comunicación de ideas y sentimientos que fomenta el desenvolvimiento de la moralidad; porque las monjas y los frailes, rompiendo con sus votos los vínculos de la familia y de la sociedad para

someterse á la inflexible regla del convento, arrancan, si no habían desaparecido ya de su corazón, los sentimientos de amor, fraternidad y respeto á los que compartían con ellos los goces de la vida y de los que brotan todas las virtudes, y no pueden menos de apagar en el corazón de sus discípulos con la frialdad del deber el vivificante calor de las más espontáneas manifestaciones de la ternura propia del amor filial.

Refléjanse tan radicales defectos de la educación moral confiada á monjas y frailes, en esos caracteres tímidos, ó retraídos y disimulados que salen de sus escuelas acostumbrados ya á la hipocresía para ocultar las más aviesas inclinaciones é instintos comprimidos, no corregidos por la disciplina. ¿Habrá quien dude de la certeza de tan esenciales vicios en la educación de la infancia por los jesuítas, y pida su cumplida demostración? En tal caso, á confesión de parte, relevación de prueba; y ahí está el testimonio irrecusable del renombrado profesor del colegio de Deusto, autor de la novela *Pequeñeces.....*, no escrita sin duda para instrucción y solaz de sus discípulos, que en las páginas consagradas á episodios relacionados con la educación de la infancia la suministra más acabada que cuantas puede necesitar el más exigente lector.

Allí se encuentra la descripción de la aparatosa solemnidad en un colegio de la Compañía

de Jesús, próximo á Madrid, para la adjudicación de premios á numerosos discípulos, cuyo mérito no fué en público reconocido, sino en reservado certamen ante sus mismos profesores, que no es sino uno de tantos ejemplos de la ridícula farsa al uso con que se encubre una instrucción estéril, de la que sólo aparece el recitado por un niño de precoz memoria, de una interesante composición poética dedicada á la Virgen, para alucinar con él á los confiados padres de familia invitados al acto.

Más adelante, y en el orden moral, no en el intelectual, patentizan los efectos de la imperfecta y viciosa educación jesuítica dos niños, Alfonsito Téllez y su hermana Lilí, hijos de los potentados Marqueses de Villamelón y Condes de Albornoz, que dejaron los primeros años de su infancia al cuidado de domésticos asalariados, y fueron después entregados á la dirección y enseñanza de la Compañía de Jesús. Estos dos predilectos discípulos dan muestra inequívoca del fruto recogido bajo tan paternales cuidados en la refinada malicia de las expansiones y actos á que se entregaron en el estudio artístico de su madre Currita, en relación con sus padres y el Marqués de Sabadell durante un período de vacaciones. Restituídos después á sus respectivos colegios, llega un momento solemne para la atribulada madre con la perpetración del asesinato del Marqués de Sabadell, en circunstancias

cuyo recuerdo la sometían á terribles torturas, y volviendo los ojos á sus hijos para buscar en el cariño filial algún lenitivo á sus penas, acude presurosa al convento donde se educa Lilí, y ésta desoye sus súplicas para que la siga, y se rebela contra la autoridad de madre con invencible entereza, sostenida por la presencia de la Superiora del convento y de su director espiritual el jesuíta padre Cifuentes. ¡Resultado indeclinable de haber ahogado en el corazón de aquella niña toda inclinación afectuosa, hija del amor filial, y no haberla inspirado el sentimiento de respeto y sumisión á los que la dieron el ser! Pero más elocuente es aún el ejemplo que ofrece el desgraciado Alfonsito, que se hallaba á la sazón siguiendo sus estudios en el internado que los jesuítas tenían en su colegio de Guichón. Allí, aquel carácter formado sólo bajo el calor de la educación jesuítica, completamente viciado, se entrega á la pasión de la venganza para satisfacer los odios y rencores que abriga su corazón hacia el Marqués de Sabadell, en su inocente hijo, arrojándolo al mar, cuando debía amarlo como compañero y amigo.

Y, por último, completan el cuadro de los desastrosos efectos que en el orden moral y hasta religioso ha producido aquella educación imperfecta y viciosa el triste sacrificio de dos víctimas, arrastradas á la tumba en los albores de la vida por pecados de sus padres,

haciendo perecer entre las olas á Paco y Alfonsito, desgarrando sin piedad el corazón de una madre virtuosa, la Marquesa de Sabadell, para reducir al arrepentimiento de sus vicios á otra disoluta y perdida, la Currita, Condesa de Albornoz.

¡Mediten los padres de familia con la atención fija en los ejemplos, *tomados sin duda de la realidad* por un pedagogo nada sospechoso de parcialidad contra la Compañía de Jesús y su enseñanza, á cuyo servicio está consagrado, y vean si ésta corresponde á las esperanzas que les ha hecho concebir para dotar á sus hijos de las aptitudes y energías necesarias con que llenar sus destinos en la tierra!

Y si esto no bastare, comprueben por sí mismos profundizando en el estudio de los establecimientos docentes de los jesuítas la verdad y exactitud de cuanto á este propósito dijo con precisión matemática un titulado *Clérigo de misa y olla* en el núm. 175 del periódico *El Heraldo de Madrid*, correspondiente al día 23 de Abril último, transcrito con fidelidad en las siguientes líneas: «Según afirman los que lo entienden, se cultiva la memoria á expensas de la inteligencia; se desnaturaliza la Filosofía, haciendo de ella, como en los siglos medios, la criada de la Teología, y se desfigura todo, convirtiendo la oración en devoción, el espíritu cristiano en prácticas religiosas, la moral en probabilismo y casuísmo, la voluntad re-

flexiva y libre en sumisión absoluta, la patrología en vana escolástica, las investigaciones racionales en formalismo externo, la espontaneidad en rito inflexible, y el alma humana en máquina sin conciencia propia, lo que es falsear la naturaleza viva, reduciéndola á la pasividad del cadáver.» Vicios todos calculados y sostenidos porque así conviene á los ideales que la Compañía persigue.

Pero no tendría digno coronamiento la obra modestamente acometida en el presente capítulo si después de apreciada la enseñanza y la educación del claustro ante la razón y la ciencia pedagógica no se consagrase alguna consideración á intereses más importantes que los de la instrucción. El internado en los conventos de ambos sexos entrega á la infancia y á la juventud á gravísimos peligros, que los misterios del claustro no permiten conocer ni á los más interesados en la suerte de los alumnos. Su exposición y estudio como preliminar para pedir á los Gobiernos la prohibición de la enseñanza y educación en los conventos habría sido tarea harto delicada si no hubiese venido á excusarla el tan triste como vergonzoso suceso ocurrido en el convento de religiosas Trinitarias de Lisboa, en consecuencia del que se lanza diariamente al dominio de la opinión una serie interminable de abusos y violencias que demuestran bien á las claras la urgente necesidad de que, en nombre de la salud, la vida y

el honor de tiernas generaciones, desaparezcan esos centros, en que la sevicia, la seducción y hasta el crimen se amparan impunemente de lo más santo y elevado que hay en la tierra. No es posible que ante tales hechos los Gobiernos permanezcan indiferentes, y no acudan al remedio de tamaños males con la prohibición indicada, en tanto que preparan la de la abolición de la vida monástica, como exigencia de los tiempos y de los intereses mismos de la religión.

¡Abandone, pues, el padre Coloma sus fantásticas excursiones en busca de *pequeñeces* por el mundo profano, ya que dentro de su propia casa tiene tanto y tanto que fustigar y corregir, llenando esa importante misión que se ha impuesto y tan bien cuadra á su sagrado ministerio!





III

La Compañía de Jesús y la masonería.

Es de notoriedad innegable que en nombre de la Iglesia católica apostólica romana, y desde las alturas del Vaticano hasta los lugares más apartados, se renueva con particular frecuencia por el clero á toda la cristiandad, más en interés del representante que para gloria de la representada, la excomunión que de antiguo pesa sobre la masonería; y que en tarea tan edificante se distingue por su fervoroso celo la Compañía de Jesús, sin dar tregua ni reposo á todos los medios hábiles para contener sus progresos, y lograr, á serle posible, su exterminio con aquella misteriosa influencia con que se impuso al espíritu liberal y regenerador de Mastai Ferreti para convertirlo á la reacción y fanatismo en Pío Nono, y poderse imponer un día á todas las potestades de la tierra por considerar muy limitada su dominación á los espíritus de la grey católica.

La Compañía de Jesús, que sólo puede conocerse consultando las negras páginas de su

historia y que fué en el origen cual rama desgajada por una alevosa ambición del tronco imperecedero de la masonería, de cuyos moldes tomó, como todas las Órdenes monásticas, las de caballería y la misma Iglesia romana, la organización, ritos, ceremonias y hasta su doctrina, sustituyendo en ella su símbolo fundamental con el peculiar á los misterios de la fe católica para mejor reinar en las conciencias y avivar en ellas los odios, suponiéndolas una religión contraria á la de Jesucristo, de quienes los jesuítas se llaman sus mejores enviados; esa Compañía es la que arrastró á los poderes civiles á perseguir con ferocidad y encono á la masonería, haciendo perecer á sus miembros en los patíbulos ó en las hogueras de la Inquisición después de los más horribles tormentos; y es la que en los tiempos actuales, afectando seguir las corrientes de la civilización moderna, transige con todas las tendencias para no inspirar recelos hacia sus planes de dominación absoluta. Transige asimismo con enormes vicios, ó los fustiga y persigue cuando así conviene á sus miras terrenales, y hasta los propaga y difunde en muchas de sus publicaciones á título de corregirlos; y sus miembros, como ministros de una religión cuyos austeros preceptos son los primeros en olvidar por lo que hace á las enseñanzas de caridad de que debieran dar ejemplo, son los agentes más activos en la propaganda del clero

contra la masonería. ¿Y por qué? Preciso es, para contestar á esta pregunta, dar á conocer los rasgos más salientes de esa institución, contra la que se han levantado todos los odios y persecuciones suponiéndola autora de crímenes como los inventados por el autor de *Pequeñeces*..... Y estar siempre ocupada en tenebrosas maquinaciones contra la religión y seguridad de los Estados, á la vez que consagrada al culto de todo lo ilícito.

La masonería, cuya historia y altos fines se pueden conocer y apreciar en numerosos volúmenes que, merced á la libertad moderna, han visto la luz pública en naciones menos supersticiosas y fanáticas que España, porque han sabido emanciparse del predominio del clero, reduciendo su acción y su influencia á los objetos de su elevado ministerio, es la institución social que desde los tiempos más remotos preparó y hoy fomenta la cultura del hombre, llevando á su inteligencia la luz de la verdad, que ha de servirle de guía constante en todos los actos de su vida; es la institución veneranda que tiene por objeto unir los hombres de todas las razas en el estrecho lazo de la fraternidad por medio del mutuo auxilio y de la instrucción, consagrando los resultados de sus incansables esfuerzos á la gloria del Autor de todo lo creado con las leyes eternas que rigen las armonías de todos los mundos y la vida de todos los seres bajo el simbólico

nombre de Gran Arquitecto del Universo, sin que haya bastado á contenerla en la obra sublime de realizar siempre el bien por el bien, ni la ambición de los poderosos, ni la soberbia de los déspotas que desde antiguo la obligaron á realizar sus trabajos en el misterio y mantener las relaciones de todos sus miembros y autoridades previniendo la sorpresa por sus enemigos con palabras, toques y señales simbólicas conformes á sus diversos ritos.

La masonería, que ha sido siempre el campeón de todo progreso en el orden intelectual por la cultura de sus más ilustres miembros y la influencia que han ejercido en el mundo profano, tiene por uno de sus más irreconciliables enemigos la Iglesia romana, con la Compañía de Jesús á su frente, porque éstos temen que, emancipada la razón de todo fanatismo, y dulcificadas las relaciones de los hombres y los pueblos por el sentimiento del amor fraternal, fines á que constantemente está consagrada, la rectitud de las acciones humanas sea un hecho ajustado á los preceptos y reglas de la más sana moral, que es el código único que por estar fundado en la naturaleza constituye la ley masónica; porque además de permitir con su inmutabilidad el desenvolvimiento de todas las facultades del hombre hacia su perfección, no contraría los deberes á que sus miembros están sometidos por las

creencias religiosas que profesen, ni por las leyes del estado civil de que formen parte. Porque es necesario ya de toda necesidad demostrar por todos los medios lícitos las calumnias con que se difama á la masonería por los que debieran contar entre uno de sus primeros deberes respetarla y no mencionarla, y menos censurarla ni condenarla sin el conocimiento pleno de sus hechos y lo que ella es como institución social.

Bajo este concepto se rige la masonería en todas las naciones cultas donde sus poderes supremos se hallan establecidos por Constituciones perfectamente armónicas, aunque difieran en algún tanto respecto al rito por las variaciones que en él han introducido las exigencias de los tiempos. Y estas Constituciones, bien se hallen calcadas en el rito escocés, en la reforma que en éste introdujo el Gran Federico, bien en el rito francés, no contienen otra cosa que la definición de sus autoridades, los organismos peculiares de cada una, las dignidades y grados de sus miembros, tan estimadas como las más elevadas del mundo profano, y cuanto concierne al establecimiento de las concordias entre las potestades de otras naciones y ritos para mantener la unidad masónica en toda la redondez del globo.

El estudio de estas Constituciones, como el de los reglamentos de los Grandes Orientes, con sus cámaras, capítulos, logias y triángu-

los, sin olvidar á caballeros templarios, guardadores que fueron en su origen del templo de Jerusalén, estudio que puede hacer y habrá hecho allí donde la masonería, como institución social que es, no política ni religiosa, se muestra con todos los esplendores de su grandeza trabajando á la luz del día, como institución legalmente autorizada en sus numerosos y magníficos templos y talleres, enseñará que, atenta siempre al bien de la humanidad, trabaja al amparo de las leyes de sus respectivos países, como en Inglaterra, los Estados Unidos, Francia, Prusia, Noruega, Suiza é Italia, y ante los hechos se avergonzará la Compañía de Jesús de haber acogido y utilizado con intención nada evangélica las patrañas y *místicas consejas* traídas desde antiguo en la narración de fantasías terroríficas, que si fueron sugeridas por hechos de otra clase de sociedades secretas que luchaban por el poder político de los pueblos, es injusto aplicar á la francmasonería, que cuenta y ha contado entre sus miembros Monarcas, Príncipes, gobernantes y sabios que también la honran y enaltecen hoy.

En esa institución, donde la mayor pena que se impone á la traición y otros delitos masónicos se reduce á borrar de sus cuadros lógicos é inscribirlo en un cuadro negro, que se comunica á todas las logias de la Orden, el nombre del traidor ó delincuente, así como del vicioso

que la deshonra, es calumnioso suponer y narrar como fábula el crimen que se dice perpetrado por dos masones italianos en la persona del Marqués de Sabadell, por la mera infidelidad de no haber entregado pliegos que aún retenía en su poder; y es más aleve aún hacerla extensiva de la manera tan insidiosa como lo hace el padre Coloma al asesinato del ilustre General Prim, y la influencia que le place atribuirla en los sucesos políticos realizados desde la revolución á la restauración; pues si masones han venido á serlo algunas de las primeras figuras en aquel período histórico, ha sido después que ocuparon los más elevados cargos en el Gobierno de la nación.

¡Bien haría la Compañía de Jesús, antes de resucitar tales patrañas, consejas y falsos rumores, tener en cuenta sus antiguas mazmorras y no calumniar la humanitaria ley masónica, que simboliza la pena de muerte que ha de imponer á sus miembros desleales y traidores en la expulsión de su seno, con la privación absoluta de los dones y beneficios que otorga á sus hijos!

Pudiera continuar el paralelo entre la Compañía de Jesús y la masonería, enumerando los beneficios que ésta ha derramado hasta el interior de las selvas, donde no había penetrado la luz de la civilización con las huellas sangrientas que por la intervención de la Compañía de Jesús en las luchas de sus habitantes

se reconocen aún en el suelo vírgen de algunos Estados americanos, y en las que en el trabajado y esquilmado suelo de la vieja Europa recuerdan con espanto aquellas huestes que, capitaneadas por clérigos y monjes, llevaron el exterminio á ricas comarcas de España en dos guerras civiles para resistir los progresos de la libertad y la civilización moderna.

¿Qué es, pues, el masón monstruo y asesino, según los jesuítas y sus cofrades, que hiere en el misterio, y amparado por la Orden masónica queda siempre en la impunidad? El masón es el hombre libre, no el paria en el mundo profano, como el jesuíta y el clérigo por el rigor de sus votos que, sintiéndose capaz de todas las virtudes, con una abnegación sublime viene á unirse á sus hermanos bajo la solemne promesa que hace como caballero de trabajar en la perfección del linaje humano para gloria de su Creador; promete asimismo cumplir y hacer cumplir las constituciones de la Orden, prestar obediencia al Serenísimo Grande Oriente y su jefe el Gran Maestre en todo cuanto decretasen, conforme á las mismas constituciones, y, por último, promete igualmente defender el honor y la vida de todos los masones y practicar el bien, así dentro de la masonería como en el mundo profano, ejercitando las virtudes y amparándolas de las asechanzas del mal, los vicios y el error, vengan de donde vinieren. El masón, con el óbolo que cercena del producto

de su trabajo, concurre á formar el tesoro de su Orden, que se invierte en obras secretas de caridad, beneficencia é instrucción, al paso que el jesuíta, persiguiendo siempre el oro del rico, bien por la enseñanza, bien por otros medios menos compatibles con su carácter sacerdotal, bien aguijoneando la piedad de los fieles, trae al tesoro de su Orden inagotables recursos, que aplica en primer término á la ostentación de su poderío, á los atractivos y seducciones de un fastuoso culto, dejando sólo llegar al menesteroso una parca migaja de lo que obtuvo con destino á la caridad.

¿Dónde están la pobreza y mansedumbre de la Orden jesuítica, en cuyos miembros y agentes sólo encuentra el necesitado exhortaciones y consejos que no mitigan el hambre, como los del médico y sus recetas no vuelven la salud al enfermo sin aplicar el medicamento por él propinado?

De aquí resulta que en la masonería caben y están los hombres honrados, sea la que quiera su religión, y profesen los principios políticos que quieran como miembro de un partido beligerante, pues la masonería respeta todas las creencias y todas las opiniones que se conforman con los deberes que ella impone para obrar siempre el bien.

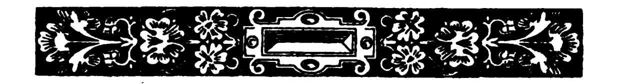
A esto se debe que la masonería constituya el más formidable poder moral, contra el que se estrella la activa propaganda de la Compa-

ñía de Jesús, y ésta extreme incesantemente su difamación.

Con igual razón que se excomulga, pues, á la masonería, podrían ser hoy excomulgadas muchas Asociaciones que persiguen fines humanitarios, en las que tienen cabida hombres de todas las religiones, y á las que algunos Prelados católicos dispensan su protección; pero la razón de diferencia deberá estar sin duda en la invocación de «A la gloria del Gran Arquitecto del Universo» con que aquélla empieza siempre sus trabajos, y que por su antigüedad no debe ser muy del agrado de los que la anatematizan.

¡Oh justicia de los hombres ante el Dios del Sinaí!





IV

La Compañía de Jesús y el problema social.

Surgen las más veces las crisis sociales de la aparición y progresivo crecimiento de elementos que no entraron como factor en los organismos que rigen los Estados, y no encuentran en ellos satisfacción á sus legítimos derechos y á sus necesidades. Si en el período naciente de semejantes crisis, encaminadas á producir una verdadera transformación social, la previsión de las clases directivas se adelanta con prudentes reformas que despierten primero la esperanza de que las legítimas aspiraciones de los nuevos elementos sociales han de verse satisfechas y se satisfagan después gradualmente según su creciente preponderancia, entonces la crisis queda conjurada por una serie de evoluciones saludables que, sin lastimar antiguos y arraigados intereses, dan paso á la transformación social en que todos los elementos han de tener la equitativa participación que justamente demandan. Mas si, por el contrario, la resistencia pre-

tende contener el desarrollo de los nuevos elementos y les niega toda participación en los organismos que han de regir la vida social, entonces las crisis se agrandan por la lucha de intereses entre los nuevos y antiguos elementos sociales, hasta llegar á su período álgido, en el que la solución, ó se impone con los caracteres de una irresistible violencia, ó se producen las grandes catástrofes de la fuerza para realizar la transformación social, no sin pasar por los horrores de la anarquía, propia de las grandes revoluciones sociales. De una de estas crisis, desatendida durante muchos años, en que los poderes, como expresión de las clases sociales predominantes, se han considerado con fuerza bastante para resistir las aspiraciones que á impulsos de la necesidad vienen demandando las clases trabajadoras, ha surgido el pavoroso problema social que está planteado en todos los países, y cuyas soluciones se buscan en vano dentro de los organismos políticos tradicionales que no tienen verdadero asiento en la base social eminentemente democrática sobre que tienden á constituirse todos los Estados modernos.

En esta lucha de intereses y de clases por tantos años sostenida, ¿qué han hecho el clero y la Compañía de Jesús para contribuir á conjurar los peligros, de año en año mayores, hasta tomar las colosales proporciones que hoy tiene? ¿Por qué no han interpuesto su influen-

cia cerca de los poderes públicos para que se fueran extinguiendo todas las tiranías y restricciones, dando paso á las necesarias libertades políticas, bajo cuyo influjo han de estar garantidas en sus intereses y derechos todas las clases sociales?

Hasta hoy han permanecido sordas al clamoreo de las necesidades, en amigable consorcio con las clases elevadas que vienen rigiendo el Gobierno de las naciones, sin cuidarse de los odios y rencores que han dado á los antagonismos un carácter de intransigencia que hoy mantiene en perpetua alarma todos los espíritus. Meros observadores de los acontecimientos en que se han ido revelando las causas de un profundo malestar, no han procurado poner coto con sus caritativos consejos á los estragos de la explotación que los menos vienen haciendo de los más desde los pueblos antiguos, por un verdadero socialismo de las clases privilegiadas, contra el cual se ha levantado por fin el socialismo de los más. Y menos han seguido, cual debieran haberlo hecho, la doctrina de su Maestro para enseñar con el ejemplo al rico y al poderoso cómo se sacrifica lo superfluo é innecesario para acudir al remedio de la miseria y el hambre y conjurar los peligros de semejante llaga social. Bien lejos de esto, el clero, mal avenido con la pérdida de sus cuantiosísimos bienes entregados á la desamortización, y con la del poder temporal del

Papa, con la vista fija en su reconquista bajo el influjo de una verdadera teocracia, ha redoblado su propaganda en todos los países que se rigen por instituciones más ó menos libres, ya multiplicando sus adeptos, ya acumulando el oro que á grandes y pequeños, ricos y pobres, han arrancado para el dinero de San Pedro, hasta dar ocasión á veces á las crisis económicas parciales que provienen de la ausencia de ese metal en los cambios; y todo para estar prevenido á las eventualidades que han de surgir en la solución de la gran crisis social á que nos han traído tantos egoísmos y tantas resistencias, y en la que ha de pesar desgraciadamente la fuerza de tantas y tan considerables masas de trabajadores, cuyas manifestaciones causan una justificada alarma por la salvación de los más sagrados intereses de la sociedad. ¿Y qué papel ha tocado desempeñar á la Compañía de Jesús en esa activa propaganda?

España, más que ninguna otra nación del viejo y el nuevo continente, acusa más testimonios de sus fecundos resultados. La Compañía de Jesús, vanguardia del catolicismo según el dicho de un fervoroso amante de la Iglesia, mezclada en aventuras políticas, menos celosa de su sagrado ministerio que de los bienes temporales, se ha cuidado con preferencia de adquirir y edificar nuevos bienes raíces que coloca bajo la salvaguardia del de-

recho internacional con el nombre de simulados dueños en muchos títulos de propiedad, es del mismo modo poseedora de grandes empresas industriales y mercantiles, inmensos capitales que por todos los medios acumula para consignarlos en Bancos extranjeros, y hasta es, si no el mayor partícipe, dueña de una formidable escuadra dedicada á productivas especulaciones y servicios públicos que pudiera armar militarmente para unirla en un momento dado á los ejércitos que reclutase en tierra con el oro que posee para levantar el poder teocrático sobre las ruinas á que una hecatombe redujera el orden social existente.

Con tan formidables aprestos, que puede tener igualmente dispuestos en los países á que extiende su incansable propaganda, y atenta á los graves acontecimientos que acusan la impotencia de los Gobiernos doctrinarios para dar pacífica solución á los problemas planteados por las clases obreras con aterrador alarde de perfecta organización en sus innumerables fuerzas, capaces de arrollar, cual impetuoso torrente, todo lo que encuentren á su paso, ha creído cercano el día en que la batalla ha de empeñarse con desesperado arrojo por los ejércitos del trabajo, y prepara sus movimientos hacia los desfiladeros por donde puede franquear el paso á las posiciones ventajosas desde donde caiga fácilmente sobre las huestes triunfantes para imponerlas el so-

cialismo del clero y por el clero que asegure el poder de la teocracia.

No significa otra cosa el rompimiento de la Compañía de Jesús, olvidando los beneficios que de ellas ha recibido, con las clases ricas y elevadas, á cuyos individuos los socialistas llaman burgueses, con la publicación de la novela *Pequeñeces.....,* en la que se ha buscado el doble efecto de rebajar y desprèstigiar las clases en quienes hasta hoy parecía vinculado el ejercicio de los poderes públicos y concitar contra ellas todas las pasiones, odios y rencores que á las clases trabajadoras han inspirado con sus disolventes predicaciones los utopistas del socialismo y los furibundos anarquistas para lanzarlos á la revolución social como único medio de redimir al obrero de la servidumbre odiosa del capital.

Seguramente no faltarán lectores que tengan por fantásticas semejantes predicciones, en mayor grado aún que la fábula de la novela *Pequeñeces.....;* pero á éstos podrá decírseles, imitando al padre Coloma, que si estudiando la realidad la encuentran conforme con las cosas, hechos y entidades que en aquéllas figuran, culpa no es del honrado escribidor, que sólo se ha propuesto llamar la atención de las gentes cumpliendo en ello un alto fin social. Y si la duda les asaltare aún, contemplen detenidamente la actitud que ha conservado el clero desde las primeras y amenazadoras ma-

nifestaciones de la gran sociedad de obreros llamada la Internacional, hasta las que socialistas y anarquistas, mezclados y confundidos, reproducen de año en año y día por día en huelgas numerosas é imponentes, precursoras de grandes catástrofes. Mudo y silencioso ante tales sucesos, aprovechó, sin embargo, la distracción de los poderes públicos hacia ellos para provocar conflictos en algunos países que, como Alemania, se vieron precisados á dictar leyes de represión contra él; y en España, armando el espíritu de intolerancia, sostuvo la última guerra civil, que, á pretexto de una legitimidad soñada, no era sino la guerra de la teocracia contra la libertad.

¿Y cuál es su actitud de hoy después de haber arrojado por mano de un jesuíta el más eficaz combustible al fuego en que arden las pasiones de las clases obreras?

Acude, sí, como en ayuda de los poderes constituídos, pretendiendo no hacerse sospechoso á los más antagónicos, y cuidando de atraerse las simpatías del nuevo y gran poder que los amenaza de muerte. Hecho que se confirma por las predicaciones y pláticas en que, así desde el púlpito como fuera de él, se ha hecho cargo del complicado problema social que preocupa á todos los pueblos, y los medios de abordar su difícil solución. ¿Y qué ha ofrecido que sea práctico y eficaz? Estúdienlo bien los que sin preocupación ni prevención busquen

remedios radicales, no consuelos meramente espirituales, á los males que minan la existencia de la sociedad en el gran período de transición que el mayor número de las naciones atraviesa, y en el que la lucha de viejos errores é intereses son causa de frecuentes perturbaciones, propias de la acción y la reacción en las conquistas del progreso humano. Todo cuanto se hace por el clero en esas predicaciones, pláticas y discursos es reproducir con sentido acento la doctrina de Jesús, pintar con los colores más simpáticos su vida ejemplar de pobreza y mansedumbre, realzar las virtudes de la humildad y la resignación en los pobres, la caridad y beneficencia en los ricos, abriendo su mano entre ambos para distribuir los dones de los últimos en la satisfacción de las necesidades y las miserias de los primeros, porque no otra cosa significa la sencilla afirmación que por él se ha hecho de que el gran problema social se resuelve con el pan y el catecismo; pero entretanto no se olvida de imponer en las soluciones que por leyes parciales intenta el poder civil todo lo que conviene al interés de la Iglesia, con fines que, atendido el estado de nuestras actuales costumbres y las tendencias del espíritu moderno, preciso es pasar por ahora en silencio, porque su alta transcendencia reclama ser tratado en otro lugar por más experta pluma.

Pero esto no obstante, es forzoso decir: que,

llevado á la exageración el celo por introducir un espíritu restrictivo en las leyes y ordenanzas que se preparan sobre reglamentación del trabajo, favoreciendo la mayor extensión del culto católico, en cuyo esplendor y suntuosidad se invierten sumas fabulosas que pudieran aliviar grandes miserias, no se cuida de hacer fecundas sus predicaciones sobre la doctrina que enseñó y practicó Jesucristo, de trabajar en el taller para ganar el sustento cuando era pobre, y después que fué rico en bienes materiales repartir su riqueza entre los necesitados, medio el más eficaz para acostumbrar á las clases trabajadoras á la conformidad con las penalidades y fatigas del trabajo y vencer en los ricos la avaricia y el egoísmo. Al reclamarse por el clero en nombre de la religión y de la Iglesia una participación muy principal en la solución de los problemas que entraña la gran crisis del trabajo por que atraviesan casi todas las naciones, no aporta la panacea con que hubieran de curarse todos los males sociales que la producen. Recordando sus antiguas grandezas en bienes terrenales de las que fué fruto inmediato la mendicidad fomentada con la sopa y el mendrugo de los conventos, y la pobreza del artesano arrastrando una vida de trabajo que le daba apenas lo necesario para el sustento de sus familias, no vacila en hacer pública manifestación de sus aspiraciones á resucitar en las asociaciones moder-

nas de trabajadores los organismos de los antiguos gremios bajo una tutela clerical que les diera el doble carácter de cuerpos civiles y cofradías ó hermandades en que sólo puedan tener cabida los que profesen la fe católica apostólica romana, puesto que en sus constituciones ó estatutos se establecía el culto al santo patrono que fuera del gremio y la intervención de un presbítero para dirigirlo.

A nadie puede ocultarse que esa mixtificación de principios y teorías, á vuelta de la que, en el documento más autorizado para el clero y el mundo católico se proclama que el derecho de propiedad es un derecho natural primario, y lo es igualmente el del trabajador á un jornal ó salario suficiente para atender á la subsistencia propia y de su familia, se desliza la peregrina idea que tanto acarician las masas menesterosas de que el sobrante que tenga el rico de sus rentas después de cubiertas las necesidades de su posición sin gastos superfluos y de lujo debe aplicarse á cubrir el déficit que el trabajador tenga en su jornal ó salario. Y que esta idea señala el bolsillo del que tiene como blanco á los tiros del que no tiene y con justicia reclama á la sociedad el medio legítimo que haga más productivo su trabajo, envuelve hábilmente en nebulosidades teológicas cuanto conviene á la más estrecha obligación en que el clero y la Iglesia están de imitar la pobreza de Jesús en la modes-

tia del culto y sus gastos personales para acudir con el sobrante de sus derechos y rentas al socorro de todos los necesitados. Por tales mixtificaciones persiguen las simpatías de los más, aparentando interponer sus oficios en alivio de su triste situación, y no se hacen sospechosos á los menos, de quienes espera obtener y obtiene los medios con que hacer ostentación de una caridad propia á costa de la ajena.

Y en ese doble juego de influir en la conciencia de los de arriba para dominar á sus enemigos y alentar las esperanzas de los de abajo á fin de ganar su confianza se distingue la Compañía de Jesús, que con actividad incansable invade todas las esferas sociales para contrariar, en cuanto le es posible, los movimientos de la opinión hacia las conquistas de todas las libertades; y arraigando en ellas numerosas asociaciones dedicadas al culto, la instrucción y la caridad, que ostensible ó misteriosamente dirige para encaminar todos sus actos á los fines que constantemente persigue.

Muchos tendrán por falsa y calumniosa la pública denuncia contenida en este opúsculo de las bien conocidas maniobras jesuíticas y de la actitud del clericalismo en expectación de los acontecimientos y grandes trastornos que den ocasión á la realización de sus planes; pero remitimos á esos á la lectura del importantísimo documento comunicado como consigna y man-

dato de la potestad suprema de la Iglesia á las demás potestades, sus hermanas en Cristo, para que lo entiendan, hagan saber y cumplir á toda la cristiandad. Léanlo, mediten sobre él, y sin otra prevención que la de penetrar en su espíritu y tendencias sociales, lo hallarán comprobado en sus múltiples objetos; y sobre todo verán cuanto dicho queda por el epílogo en que bajo el epígrafe «De dónde se ha de esperar finalmente la salud», se expresa en los términos siguientes: «Aquí tenéis, Venerables »Hermanos, quiénes y de qué manera deben »trabajar en esta dificilísima cuestión. Apli»quese cada uno á la parte que le toca, y pron»tísimamente, no sea que con el retraso de la »medicina se haga incurable el mal, que es ya »tan grande. Den leyes y ordenanzas previso»ras los que gobiernan los Estados; tengan »presente sus deberes los ricos y los amos; es»fuércense, como es razón, los proletarios, »cuya es la causa; y puesto que la religión, »como al principio dijimos, es la única que »puede arrancar de raíz el mal, pongan todos »las miras principalmente en restaurar las »costumbres cristianas, sin las cuales esas ar»mas de la prudencia, que se piensa son muy »idóneas, valdrán muy poco para alcanzar el »bien deseado.

»La Iglesia, por lo que á ella toca, en nin»gún tiempo y en ninguna manera consentirá »que se eche de menos su acción; y será la

»ayuda que preste tanto mayor, cuanto mayor »sea la libertad de acción que se le deje; y esto »entiéndanlo particularmente aquellos cuyo »deber es mirar por el bien público. Apliquen »todas las fuerzas de su ánimo y toda su indus»tria los sagrados ministros, y precediéndolos »vosotros, Venerables Hermanos, con la acti»vidad y con el ejemplo, no cesen de inculcar á »los hombres de todas las clases las enseñan»zas de vida tomadas del Evangelio; con cuan»tos medios puedan trabajen en bien de los »pueblos, y especialmente procuren conservar »en sí y excitar en los otros, lo mismo en los de »las clases más altas que en los de las más ba»jas, la caridad, señora y reina de todas las »virtudes. Porque la salud que se desea, prin»cipalmente se ha de esperar de una gran efu»sión de caridad; es decir, de caridad cristia»na, en que se compendia la ley de todo el »Evangelio, y que dispuesta siempre á sacrifi»carse á sí propia por el bien de los demás, es »al hombre, contra la arrogancia del siglo y el »desmedido amor de sí, antídoto ciertísimo, »virtud cuyos oficios y diversos caracteres »describió el Apóstol Pablo con estas palabras: «La caridad es paciente, es benigna; no busca »sus provechos; todo lo sobrelleva; todo lo so»porta.»

»En prenda de los divinos dones y en testi»monio de Nuestra benevolencia, á cada uno »de vosotros, Venerables Hermanos, y á vues-

»tro Clero y pueblo, damos amantísimamente »en el Señor la Apostólica Bendición.»

¿Qué podrá decirse ante el consejo y la amenaza mal atenuada por los términos del mandato que á continuación se dirige á los Prelados en la Encíclica? ¿No se define claramente la actitud y propósitos antes ligeramente delineados en ese pensamiento en que se resume tan notable documento, y en el cual no se sabe qué admirar más, si la profusión de resortes acumulados para distraer los espíritus á elevadas regiones, ó la habilidad artística con que están presentados para despertar simpatías hacia su causa, por más que la felicidad terrenal con que en él se brinda se haga depender principalmente de bienes morales producidos por las fiestas, los jubileos y peregrinaciones en honor á una religión que es en labios de sus ministros unas veces de amor y perdón y otras de ira y venganza, como la ha presentado el padre Coloma en el cuadro final de sus *Pequeñeces.....*, y bajo cuyo concepto vendría el catolicismo á producir con su intolerancia una de las reacciones más espantosas que cuantas registra la historia para destruir las conquistas todas de la libertad?

Medítenlo bien todos los Gobiernos, y despojados de todo espíritu de convencionalismo politico y de proteccionismo económico, restos nocivos de tradicionales egoísmos, convénzanse de que, más de cerca que de lejos, se im-

pone la necesidad de cerrar el paso á la ingerencia de la Iglesia en todos los actos y funciones propias del orden político y civil, en los que, por el solo influjo de la moral en la confección de las leyes, pueden arraigarse en las costumbres todas las virtudes públicas y privadas, de cuyo ejercicio por los individuos de todas las clases resulte la armonía sobre que descanse el orden social. Y solícitos en aplicar el más eficaz remedio á los males presentes, abran paso á todas las libertades, sin otra limitación á su ejercicio por cada uno que el respeto á ellas mismas en los demás, provean urgentemente de aquellas leyes que, dando satisfacción á las más imperiosas necesidades de la salud y la vida en las clases trabajadoras, y garantizando la libertad en la prestación de sus servicios regulados por un salario ó jornal diario que entre luego como capital en una distribución equitativa y proporcional de los beneficios netos resultantes en la producción con los demás capitales representados por la inteligencia y la actividad de los patronos ó empresarios, y el metálico invertido en los diversos elementos y materias que la especulación, industria, arte ú oficio requieran, hagan desaparecer todas las desigualdades que han dado hasta hoy origen á las injusticias y explotaciones de que con razón se queja el operario.

No cumple al objeto de este opúsculo ir más adelante en el estudio de la cuestión social

después de haber expuesto con ocasión de la nòvela *Pequeñeces*..... los temores que para el porvenir inspiran la intolerancia de una Iglesia y la desmedida ambición de su clero que, así en la paz como en las sangrientas guerras en que ha tomado parte nuestro pueblo, se le ha visto siempre ocupado en la constante y demoledora actividad de su propaganda, afrontando todos los peligros y dispuesto á todos los sacrificios que demande la aspiración á establecer su absoluto reinado en la tierra, ya que Jesucristo declaró que el suyo no era de este mundo.

¡Vanos temores! podrán exclamar los que creen que el indiferentismo reinante no permite que se resuciten cosas y tiempos que fueron para no volver. Error gravísimo: el indiferentismo es siempre el primero que abre paso y se somete á todas las imposiciones y retrocesos por absurdos y tiránicos que sean, porque el indiferentismo es la pasividad, y con la pasividad no se vence á los enemigos irreconciliables de la libertad y del progreso.



